

LECTORES Y LECTURAS CABALLERESCAS EN EL QUIJOTE

María Carmen Marín Pina

Varias son las anécdotas que nos ha legado el tiempo de seres humanos que reaccionaron con cierta extravagancia a las lecturas caballerescas. Algunos se las aprendieron de memoria, otros las traían siempre consigo, y no pocos las creyeron y lloraron la suerte sufrida por sus protagonistas. Todos estos datos, que ya Menéndez Pelayo citaba como antecedentes de Don Quijote,¹ son en el fondo índices extremos de lo que a lo largo de más de un siglo fue la recepción del género caballeresco, un género que despertó, como ningún otro, filias y fobias.

Por la complejidad que encierra el problema y por el desconocimiento que hasta hace muy poco se ha tenido de la narrativa caballeresca, no contamos todavía con un estudio completo y claro de la recepción de estos libros en el Siglo de Oro. Los trabajos pioneros y meritorios de Rodríguez Marín, Leonard, Thomas, Glaser, Chevalier, Martín de Riquer y Eisenberg,² entre otros, han llamado la atención sobre distintos sectores de la sociedad renacentista aficionados a los

1. M. Menéndez Pelayo, «Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del *Quijote*», en *Estudios y discursos de crítica literaria*, I, Santander, Edición Nacional, 1942, 350-351. Completa el anecdotario A. Vilanova en un trabajo de 1949, «Erasmus y Cervantes, 4. La locura y los libros de caballerías», recientemente recogido en *Erasmus y Cervantes*, Barcelona, Lumen, 1989, 25-29. Incluye también algunas de ellas E.C. Riley, *Introducción al «Quijote»*, Barcelona, Crítica, 1989 [traducción de *Don Quixote*, Londres, Allen and Unwin, 1986], 58-59, mientras que M. Chevalier, *Lectura y lectores en la España de los siglos XVI y XVII*, Madrid, Turner, 1976, 72-73, otorga escaso interés a todos estos hechos.

2. F. Rodríguez Marín, «La lectura de los libros de caballerías», en *Don Quijote de la Mancha*, apéndice IV a su edición, tomo IX, Madrid, Atlas, 1949, 57-84. M. Bataillon, *Erasmus y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, México, FCE, 1950. Henry Thomas, *Las novelas de caballerías españolas y portuguesas. Despertar de la novela caballeresca en la Península Ibérica y expansión e influencia en el extranjero*, Madrid, CSIC, 1952, cap. V, 113-136. E. Glaser, «Nuevos datos sobre la crítica de los libros de caballerías en los siglos XVI y XVII», *AEM*, III (1966), 393-410. I. Leonard, *Los libros del conquistador*, México, FCE, 1975. M. Chevalier, *op. cit.*, M. de Riquer, «Cervantes y la caballeresca», en J.B. Avallé Arce y E.C. Riley (eds.), *Suma cervantina*, Londres, Tamesis Books, 1973, 273-292; D. Eisenberg, «Who Read the Romances of Chivalry», en *Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, 1982, 87-118. Un buen resumen de muchos de estos estudios, con nuevos datos, brinda el mismo Eisenberg, *A Study of «Don Quijote»*, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, 1987, 3-44. El trabajo más reciente es el de E. Gallud Jardiel, «La difusión de las novelas de caballerías», en M. Criado de Val (dir.), *Literatura hispánica, Reyes Católicos y descubrimiento. Actas del Congreso Internacional sobre literatura en la época de los Reyes Católicos y el Descubrimiento*, Barcelona, PPU, 1989, 223-229.

libros de caballerías. Las fuentes documentales manejadas por estos críticos, desde testamentos e inventarios de bibliotecas particulares hasta las listas de embarque, pasando por las críticas de los autores más graves y por las anécdotas literarias, demuestran cómo el público de estas obras fue harto variopinto. La nobleza y el pueblo, los discretos y los incrédulos, o, como dice Páez de Ribera en el prólogo del *Florisando* (Salamanca, 1510), «personas de diversas calidades, así de hombres como mugeres, así del palacio como del vulgo» [fol. jr],³ gustaron de ellas y las interpretaron a su modo. En muchos de los trabajos citados, el *Quijote* cervantino es referencia obligada y pocos son los críticos que no espigan del mismo alguna cita o pasaje para su argumentación. El texto se presta efectivamente para ello, porque, en su pretendida parodia de los libros de caballerías, Cervantes brinda, a mi juicio, el más completo panorama de lo que pudo ser, en su sentido más amplio, la aceptación de este tipo de ficción. De los lectores y de las lecturas caballerescas en el texto cervantino voy a ocuparme también seguidamente.

El *Quijote* de Cervantes es, entre otras muchas cosas, la novela de un lector insaciable que hace de la literatura el tema central de su relato.⁴ Los libros de caballerías, que venían deleitando al público desde hacía más de un siglo y desquiciando a los moralistas y a los autores más graves, están por diversos motivos en su punto de mira. En el confesado intento de criticarlos y parodiarlos, lo convierte en el eje central de su relato. La recepción de los mismos se plantea entonces desde el inicio como una de las causas desencadenantes de la acción, porque su lectura provoca distintas reacciones entre los personajes que conducen progresivamente a enfrentamientos y discusiones. Cervantes resalta en el retrato de muchos de ellos su afición por la literatura y el género, lo que le permite de paso encarnar en sus figuras distintos tipos de lectores y diversas formas de lectura.

Alonso Quijano, hidalgo aficionado a la literatura y dueño de una nutrida biblioteca, representa un caso de lector extremo al que los libros de caballerías lesionan su imaginativa, que no su entendimiento, y lo convierten en un loco enteverado que quiere transformar su vida, y por extensión la de sus convecinos, en un auténtico relato caballeresco.⁵ Para el manchego, la ilusión no es ese estado transitorio que se alcanza en el proceso de lectura, en el acto de leer, del que nos habla W. Iser,⁶ sino un estado permanente que depara en locura. Alonso

3. Páez de Ribera, *Florisando. Sexto libro del muy esforçado e gran rey Amadís de Gaula*, Salamanca, 1510 [Londres, British Library, C.20.e.34]. Cfr. con las palabras del propio Don Quijote [Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*, Barcelona, Planeta, 1983, 4.ª ed., I, 50, 537] y con las de Sansón Carrasco [DQ, II, 3, 602].

4. De ello y de la figura de Don Quijote como prototipo de lector de libros se ocupa sugerentemente M.I. Gerhardt, *Don Quijote: la vie et les livres*, Amsterdam, 1955. Contrasta con esta pasión por la literatura lo mal parados que salen los libros en cuanto a su materialidad objetual y en su contenido, según ha estudiado M. Moner, «La problemática del libro en el *Quijote*», *Anthropos*, 98-99 (1989), 90-92.

5. La locura del hidalgo cervantino ha sido objeto de múltiples interpretaciones. Entre las más acertadas, véase las de A. Vilanova, art. cit. y J.B. Avallé Arce, «La locura de vivir», en *Don Quijote como forma de vida*, Madrid, Castalia/Fundación Juan March, 1976, 98-143.

6. W. Iser, «El proceso de lectura: enfoque fenomenológico», recogido en *Estética de la recepción* (compilación de textos y bibliografía de J.A. Mayoral), Madrid, Arco/Libros, 1987, 231; *El acto de leer*, Madrid, Taurus,

Quijano se convierte, en palabras de un seguidor de la estética de la recepción como K. Stierle,⁷ en el símbolo del receptor al que la ficción se le cambia con tal fuerza en ilusión, que ésta acaba ocupando el lugar de su realidad: «Y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas sonadas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo» (*DQ*, I, 1, 35). Convencido en su locura de la veracidad de estas historias dignas de imitar, Don Quijote se lanza al mundo en busca de heroicas empresas para remedar sus libros⁸ y escribir su vida —historia, esa que luego aparecerá impresa en letras de molde en la Segunda Parte y que, en palabras de Sansón Carrasco, «los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran» (*DQ*, II, 3, 602).

Desde el comienzo del texto y a lo largo del mismo, Cervantes plantea de la mano de este lector *in fabula* el problema de la recepción del género de los libros de caballerías en términos similares a como Rodríguez de Montalvo expone el género de su historia en el prólogo al primer libro del *Amadís de Gaula*, según la presencia de lo «verdadero» o lo «fingido», clasificando su libro dentro de las llamadas historias fingidas.⁹ Esta es la concepción que de sus obras tienen también autores posteriores como Juan Díaz, Feliciano de Silva o Enciso, que no dudan en calificar sus historias como profanas, vanas, mentirosas o fingidas, pero, al igual que Montalvo, no exentas por ello de didacticismo y enseñanzas.¹⁰

Atrapado en la ilusión de la ficción caballeresca, en su locura, Alonso Quijano olvida la distinción del medinés, su autor predilecto, y toma como auténticas estas historias fingidas que no sólo no se basan «sobre algún cimiento de verdad, mas ni sobre el rastro della» (*AG*, 223). De poco han servido a este hidalgo manchego las advertencias vertidas por Montalvo y otros muchos autores caballerescos en sus prólogos sobre el sentido último de sus historias. Don Quijote ha caído en el peligro temido y denunciado por algunos moralistas.

En su demencia libresca, el manchego hace de su vida un libro de caballerías del que es, a la vez, protagonista, autor y lector. Su andadura como héroe caballe-

1987, Persiles, Serie Teoría y Crítica Literaria, 173 ss. A lo largo de la exposición seguimos en líneas generales algunos planteamientos de la denominada por F. Meregalli («Sobre la recepción literaria», en *La literatura desde el punto de vista del receptor*, Amsterdam/Atlanta, Rodopi, 1989, 11-22) teoría de la recepción literaria o estética de la recepción, entendiéndola como una teoría integradora y no sustitutiva de otros procedimientos tradicionales.

7. K. Stierle, ¿Qué significa *recepción* en los textos de ficción?, en *Estética de la recepción*, op. cit., 108.

8. No hay que olvidar que la vida caballeresca es una vida de imitación (véase Johan Huizinga, *El otoño de la Edad Media*. [Estudios sobre la forma de vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos], Madrid, Alianza, 1988 [7.ª reimp.], 92). Sobre la imitación de los modelos, véase E.C. Riley, «Don Quixote and the imitation of models», *BHS*, XXXI (1954), 2-16; *Teoría de la novela en Cervantes*, Madrid, Taurus, 1966, 107-125.

9. Se ocupan del prólogo amadisiano J.D. Fogelquist, *El «Amadís» y el género de la historia fingida*, Madrid, Porrúa, 1982, 9-27. E. Williamson, *The Half-Way House of Fiction don Quijote and the Arthurian Romance*, Oxford, Clarendon Press, 1984, 50 ss. A. Sánchez, «Don Quijote entre la historia y el mito», en *Lecciones cervantinas* (estudios coordinados por A. Egido Martínez), Zaragoza, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1985, 98-103, y J.M. Cacho Blecua en el estudio introductorio a su edición del *Amadís de Gaula*, I, Madrid, Cátedra, 1987, 88-89, por la que citamos.

10. Véase, p.e., los prólogos de Feliciano de Silva y Juan Díaz a sus respectivos *Lisuarte de Grecia* (Sevilla, 1514; 1525) o el del riojano Francisco de Enciso Zárate al *Florambel de Lucea* (Valladolid, 1532).

resco resulta en definitiva un acto de lectura creadora. En la identificación de sus aventuras actúa su competencia literaria¹¹ y gracias a ella es capaz de intuir por unos mínimos referentes (espaciales, auditivos, físicos) el tipo de episodio con el que se va a encontrar. Todos estos síntomas despiertan en el hidalgo unas expectativas similares a las experimentadas en el proceso de lectura, unas expectativas que, sin embargo, ahora no se cumplen porque la realidad en la que vive no es la misma que la de sus ficciones, porque la locura de su heroísmo no tiene ningún asidero en el mundo real.¹² Aunque esto sea así en la mayoría de los casos, porque las ventas no son castillos, ni las labradoras princesas, ni los rebaños ejércitos, la modificación de sus expectativas no tiene, por el contrario, un efecto retrospectivo en lo que ha leído —vívido, pues, lejos de cobrar un nuevo sentido, lo intenta explicar desde la disparatada lógica caballeresca. En definitiva, los encantadores son siempre los causantes de todo. Para Don Quijote, los malandrines son los comodines de todos sus ajustes de expectativas en este proceso de lectura en el que ha convertido su andadura caballeresca.

Como en la experiencia personal de Cervantes, la faceta lectora de Alonso Quijano se confunde constantemente con la creadora. Su vida es un acto de lectura creadora y, en la consciente imitación de sus modelos, su manera de obrar está muy próxima a la del artista. El capítulo 25 de la Primera Parte, referido a la elección del modelo literario que habrá de seguir en su penitencia amorosa, es muy claro al respecto.¹³ Esta conciencia creadora le lleva también, al poco tiempo de practicar la andante caballería y de recrear aventuras como las de sus libros, a componer en su imaginación su propia historia, esa historia que cree que se está escribiendo sobre él y sus episodios, y que considera como verdadera porque, entre otras cosas, es la historia de su vida y él se cree personaje histórico. En su imaginaria redacción, Don Quijote imita el estilo, las acciones y los personajes de los libros de caballerías,¹⁴ personajes que buscarán después su correlato en la realidad o nunca saldrán de su fantasía, como sucede con el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania (*DQ*, I, 2, 39). A ello suma la invención de algunos pasajes capitales, como, por ejemplo, los referidos a sus amores con Dulcinea (*DQ*, I, 2, 42), fingidos y desdichados al estilo de los que cantan muchos poetas de cancionero. También aquí se engaña Don Quijote y no ve con claridad el género de su historia, pues se trata de una historia en el fondo tan fingida como aquella cuarta parte del *Belianís de Grecia* que en su cordura alguna vez pensó terminar (*DQ*, I, 1, 35). Su fábula difiere por supuesto de la que aparece impresa en la Segunda Parte

11. Par el concepto de competencia literaria según M. Riffaterre y J. Culler, véase R. Selden, *La teoría literaria contemporánea*, Barcelona, Ariel, 1989, 141 ss. A lo largo del texto, Don Quijote demuestra conocer muy bien los libros de caballerías; véase, además de las notas de Clemencín, su edición, D. Eisenberg, «Don Quijote y los libros de caballerías: necesidad de un reexamen», en *Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*, *op. cit.*, 131-145.

12. Sobre los conceptos de *expectativa* y *ajuste*, véase H.R. Jauss, *La literatura como provocación*, Barcelona, Península, 1976, 171 ss.; W. Iser, «El proceso de lectura: enfoque fenomenológico», *art. cit.*, 220 ss.

13. Véase E.C. Riley, *Teoría de la novela...*, *op. cit.*, 112 ss.

14. Para todo este remedo de la retórica caballeresca, véase, principalmente, H. Mancing, *The Chivalric World of Don Quijote. Style, Structure and Narrative Technique*, Columbia, University of Missouri Press, 1982, 22 ss.

del libro, atribuida a Cide Hamete, y de la de Avellaneda, dos novedades editoriales que, sin leerlas, Don Quijote recibe de distinta forma. La primera la acoge con asombro, por la celeridad con la que se han dado a la luz sus hazñas cuando apenas ha pegado golpe; con reservas, por el origen moro de su autor, pero a la vez con complacencia, juzgándola sin haberla hojeado siquiera como verdadera (DQ, II, 3, 596-597). La segunda, por el contrario, la tacha de necia cuando se entera en la venta por Juan y Jerónimo de algunos de sus episodios, entre ellos el del desenamoramiento de Dulcinea (DQ, II, 59, 1.031), y de «fingida» cuando la encuentra en la imprenta de Barcelona (DQ, II, 62, 1.066).

Su retrato como lector se perfila más cuando se contrasta con el de aquellos otros personajes que pueblan el libro, que se ven obligados ante su actuación a pronunciarse sobre la materia. El ventero Palomeque *el Zurdo* comparte con su huésped la pasión por la literatura caballeresca, dudando mucho de que ésta haya podido trastornar el juicio del hidalgo cuando a él le ha dado la vida y le ha quitado mil canas. Al escuchar estas historias, el ventero tiene ganas de remedarlas, porque también él las considera historias verdaderas, dignas de imitación, y nadie le hará cambiar de opinión porque andan impresas «con licencia de los señores del Consejo Real» (DQ, I, 32), y ellos no consentirían que se dieran a la luz mentiras ni falsedades.¹⁵ Es esa vieja y sacralizada veneración al libro la que lleva al ventero, y a Don Quijote en su locura, a malinterpretar también el sentido último de estas historias y a la imitación (imaginaria o activa) de sus modelos.¹⁶

El pasaje cervantino no tiene desperdicio y esa escena de la venta recreada por el mismo Palomeque se ha citado en varias ocasiones como documento extraordinario de lo que pudo ser la recepción de la narrativa caballeresca fuera de los ámbitos más cultos y cortesanos. El ventero, su familia y los segadores que en la venta se recogen representan claramente a ese público iletrado que gustaba de oír tales ficciones, pero que no podía acceder de otro modo a ellas por su analfabetismo. La lectura en voz alta, vigente en pleno siglo xvii como ha demostrado cumplidamente Margit Frenk,¹⁷ fue un canal de difusión del género desde sus orígenes, según nos informan las viejas crónicas, y el que se siguió utilizando en los sectores más populares como nos hacen ver Páez de Ribera, en el prólogo al *Florisando*, o Juan Arce de Otálora en su *Coloquio de Palatino y Pinciano*.¹⁸

15. El argumento es el mismo que el que aduce después el propio Don Quijote en su discusión con el canónigo [DQ, I, 50, 537] y el sacerdote que cita Melchor Cano, en el libro XI, capítulo VI, de sus *Lugares teológicos*, citado por Menéndez Pelayo, *op. cit.*, 350-351.

16. Véase M. García Pelayo, *Las culturas del libro*, Venezuela, Monte Ávila, 1966, 45 ss. En la misma línea, Avallé Arce, *op. cit.*, 262, piensa que Don Quijote fue posible dentro del seno de la tradición occidental, porque esta tradición es indisoluble de la llamada *gente del libro*.

17. Margit Frenk, «Lectores y oidores. La difusión oral de la literatura en el Siglo de Oro», en *Actas del VII Congreso Internacional de Hispanistas (Venecia, 1980)*, Roma, Bulzoni, 1982, 101-123; «Ver, oír, leer...», en *Homenaje a Ana María Barrenechea*, Madrid, Castalia, 1984, 235-240; «La ortografía elocuente (Testimonios de lectura oral en el Siglo de Oro)», en *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (agosto, 1983)*, I, Madrid, Istmo, 1986, 549-556. E. Rivers ha tratado también el tema en varios trabajos, véase, entre otros, *Quixotic Scriptures. Essays on the Textuality of Hispanic Literature*, Indiana University Press, 1983.

18. Frente a las reticencias que M. Chevalier, *op. cit.*, 91, demuestra ante estos datos de difusión oral entre el vulgo, cfr. D. Eisenberg, «Cervantes and the *Libros de caballerías*», en *A Study of «Don Quijote»*, *op. cit.*, 11, nota 31.

Pero este pasaje del *Quijote* encierra todavía más interés, porque Cervantes permite que conozcamos un poco la forma de leer de los miembros de la familia. Cada uno «lee» (escucha en este caso) a su manera y por ello selecciona lo que más le atrae de estas ficciones, aquello con lo que más se identifica o le gustaría hacerlo. El ventero se proyecta en la figura heroica de los caballeros y se interesa por el mundo bélico, por los «furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto» (*DQ*, I, 32, 347). Su reacción es la misma que la del manchego, aunque sin pasar a la acción. Las mujeres, por el contrario, se apasionan por los temas amorosos, que despiertan en ellas diferentes sentimientos. La hija del ventero, tierna doncella, aunque no comprende mucho estas ficciones y menos su refinado y literaturizado amor, se conmueve con el sufrimiento y llora con las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras. Maritornes, por el contrario, moza experimentada, no se mete en más dibujos y disfruta con los picantes escarceos amorosos bajo los naranjos, vigilados por una dueña que «seguro que se está muriendo de envidia» (*DQ*, I, 32, 347), con un amor mucho más sensual y físico que aviva, como denunciaban los moralistas, los deseos sexuales. Esta selección de materiales entre ambos sexos responde, en líneas generales, a las denuncias de los críticos del género y en parte a la oferta que implícitamente hacían los autores en sus prólogos. Mientras los caballeros podían aprender con los hechos militares, las damas se deleitaban con los amorosos. No es de extrañar por ello que Don Quijote seleccionara para Luscinda algunos pasajes del *Rogel de Grecia*, por las figuras de Daraida y Geraya, las discreciones del pastor Darinel y por sus bucólicos versos (*DQ*, I, 24, 251).

Frente a estos temperamentos de poco entendimiento y mucha imaginativa, que se «se pierden por leer en libros de caballerías», como explica el doctor Huarte de San Juan en su *Examen de Ingenios*,¹⁹ el resto de personajes no sufre el efecto pernicioso y perturbador de estas ficciones. El cura, el barbero, Dorotea, Cardenio y Luscinda, Sansón Carrasco y el canónigo, entre otros, confiesan su afición por los libros de caballerías, concebidos como historias fingidas y simple literatura de pasatiempo. En este amplio grupo de aficionados a las lecturas caballerescas, Cervantes presenta de nuevo diversos sectores del público y distintas formas de leer.

Por un lado se identifica al estamento religioso, representado principalmente por el cura Pero Pérez, graduado en Sigüenza, y por el canónigo toledano, que, pese a sus hábitos, resultan ser los mejores conocedores del género después de Don Quijote. Como éste, Pero Pérez no es un lector pasivo. Su experiencia lectora le lleva a inventar y reescribir aventuras del más claro corte caballeresco. Él es el que introduce por primera vez en el relato la historia de los encantadores para justificar la desaparición de la tapiada biblioteca; él imagina el episodio de Micomicona, una aventura, trazada con la falsilla del *don contraignant*, que luego, por

19. «Éstos se pierden por leer en libros de caballerías, en Orlando, en Boscán, en *Diana* de Montemayor y otros así; porque todas éstas son obras de imaginativa» (Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias* [ed. de G. Serés], Madrid, Cátedra, 1989, 406).

cuestiones de decoro y de verosimilitud, concluirá la doncella Dorotea, y él maquina la treta del enjaulamiento. Sus conocimientos librescos son sólidos porque un consumado lector como Don Quijote, aunque se extraña, por ejemplo, de las modernas técnicas de encantamiento seguidas por los sabios (*DQ*, I, 47, 510), no advierte muchas diferencias entre las aventuras de sus libros y las trazadas por su convecino, que las cree a pies juntillas. Para el cura la ficción caballerescas ha sido siempre y es, también en este caso, un mero recreo, como lo es para el canónigo toledano, que confiesa tener más de cien páginas escritas de un libro de caballerías (*DQ*, I, 48, 521). No obstante, su espíritu crítico le lleva, como a fray Agustín Salucio o Diogo Fernández por las mismas fechas en la vida real,²⁰ a denunciar las fallas estéticas de estas disparatadas obras en un pasaje repetidas veces comentado por canalizar, a juicio de muchos, las ideas neorristotéticas que Cervantes pudo aprender de Tasso y de Pinciano.²¹ Muy lejos están estas dos figuras cervantinas del mosén Valentín de Avellanada, de ese cura de Ateca que, ante el «desvanecimiento» de Don Quijote, sermonea machaconamente sobre los peligros encerrados en estos libros que le han quitado el juicio,²² y de los moralistas que desde los orígenes del género venían arremetiendo contra estos sermonarios del diablo. Cervantes apenas sigue este camino y sólo deja que sea el eclesiástico que visita la casa de los Duques, un personaje secundario y bastante anodino, quien represente tímidamente a ese sector de la Iglesia encargado de demostrar a hombres y mujeres el peligro que podía derivarse de su lectura (*DQ*, II, 32, 820). En cualquier caso, pese a las denuncias y advertencias, poco o nada cambiaron los hábitos de lectura.

Desde luego, no es intención del cura, ni de su amigo el barbero, advertir a la resuelta Dorotea de las mentiras y engaños contenidos en estos libros, de los que, por otra parte, ella es plenamente consciente. Dorotea es la primera mujer lectora que aparece en el texto cervantino, pero no la única, porque Cervantes recoge fielmente lo que sin duda fue un fenómeno social evidente, la afición que el público femenino mostró por el género. Las mujeres que presenta Cervantes en el *Quijote* son como aquellas de las que habla Mateo Alemán, que «gastan sus dineros alquilando libros» (*Guzmán*, II, III, 3) antes que comprando afeites. Luscinda

20. Citados por E. Glaser, art. cit., 397. El propio Agustín Salucio reconocía que estos libros tenían un gran número de seguidores entre los eclesiásticos, a los que repudia por simples. Fray Diego de Estella relaciona en su *Modus cancionandi* los libros de caballerías con los malos predicadores: «Si de esta manera has de predicar, no gastes dineros en comprar a Crisóstomo, ni a Orígenes, ni Agustino, sino compra a *Amadís* y a *Florambel*, y entre todos es muy lindo *Cristián de España*, porque tiene más encantamientos que los otros y harás más presto tonto a ti y al auditorio», citado por P. Félix G. Olmedo en su introducción a la obra de Francisco Terrones del Caño, *Instrucción de Predicadores*, Madrid, Espasa-Calpe, 1946, Clásicos Castellanos, LXXXVIII. No obstante, un censor y predicador real como fue el trinitario fray Hortensio Félix Paravicino y Arteaga publicará años después, en 1641, la *Grídonia*, un drama lírico inspirado en el *Primaleón*.

21. Véase, entre otros, E. Riley, *Teoría de la novela*, op. cit., 15 ss.; E. Williamson, op. cit., cap. II; A. Sánchez, art. cit., 100-101.

22. Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, que contiene su tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras* (ed. de F. García Salinero), Madrid, Castalia, 1972, 130-131. Las críticas que hace a estos libros son de carácter moral, por el pernicioso estrago que pueden causar en las almas, no de tipo estético (véase S. Gilman, *Cervantes y Avellaneda. Estudio de una imitación*, México, FCE, 1951, 37 ss.).

está leyendo el *Amadís de Gaula*, y en su interior envía billetes amorosos a Cardenio (*DQ*, I, 24, 251); la Duquesa (*DQ*, II, 30, 809-810) y la muchacha de la fingida Arcadia (*DQ*, II, 58, 1.023), conocen las últimas novedades editoriales y han leído la primera parte del *Quijote*, ese libro del que Sansón Carrasco hace una completísima reseña. Y junto a las letradas y leídas están las analfabetas, que no por su incultura renuncian a estas ficciones, como nos han demostrado Maritornes y la hija del ventero, por no citar a esas dueñas y doncellas al servicio de la Duquesa, activas participantes en los montajes caballerescos del palacio. Los autores, conscientes de las múltiples seguidoras que tenían entre el público, supieron aprovecharlo dedicándoles algunos de sus libros o resaltando en los prólogos aquellos pasajes que pudieran resultar más atractivos para ellas. Autores hay que incluyen pasajes doctrinales sobre el matrimonio y el embarazo o sobre la importancia de la higiene bucal femenina, pensados obviamente para un auditorio formado también por mujeres.²³

La figura más atractiva de todas las aficionadas al género presentadas por Cervantes es sin duda alguna Dorotea. Su vida es totalmente novelesca²⁴ y parece arrancada de cualquiera de sus ficciones, pues se ha comportado como esas heroínas que, en hábito de varón, salen en busca de su enamorado exponiéndose a mil peligros. No esconde su afición al género y en varias ocasiones se confiesa lectora de libros de caballerías (*DQ*, I, 29, 315; 30, 334). Su competencia en la materia queda de manifiesto cuando acepta protagonizar la aventura de la princesa Micomicona, parte de cuyo argumento se lo brinda el cura y el resto lo inventa ella, mostrándose en su relato «muy discreta, así en el cuento como en la brevedad dél y en la similitud que tuvo con los de los libros de caballerías» (*DQ*, I, 30, 334). Cervantes presenta en Dorotea algo más que una simple lectora; le otorga capacidad creadora, la misma que demuestran el cura, el barbero, Sansón Carrasco o los Duqueses. De alguna manera también ella escribe con sus experiencias lectoras su relato, su pequeña historia de la princesa Micomicona. Es en potencia el prototipo de la mujer escritora, que trae al recuerdo a la vallisoletana Beatriz Bernal, autora del *Cristalián de España*.

Cervantes explota este tipo de lector creador en las figuras del barbero, el bachiller Sansón Carrasco y el Duque, que, desde su competencia literaria, son capaces de reproducir auténticos episodios. Las invenciones del Duque y su servidumbre resultan verdaderas representaciones teatrales, al estilo de las que, inspiradas en pasajes de estos libros, celebraban muchas fiestas palaciegas. Por el contrario, el ventero, el sedero toledano y el mozo Vivaldo, entre burlas y veras y aunque no se confiesan expresamente lectores, se muestran más críticos con el

23. Este tipo de fragmentos doctrinales abundan más en las obras epigonales del género. Véase, p.e., Miguel Daza, *Don Mexiano de la Esperanza* [1583], Primera Parte, libro segundo, cap. 8, fol. 128 (para una descripción de la obra, véase Nancy Marino, «An Unknown Spanish Romance of Chivalry, Identified: *Don Mexiano de la Esperanza, Caballero de la Fe*», *JHP*, 12 [1987], 15-24, y Joaquín Romero de Cepeda, *La Historia de Rosián de Castilla* [ed. de Ricardo Arias], Madrid, CSIC, 1979, Clásicos Hispánicos, caps. I-VIII, 7-23).

24. De ella se ocupa F. Márquez Villanueva, *Personajes y temas del «Quijote»*, Madrid, Taurus, 1975, Persiles, 24-35. Su figura puede también relacionarse con los otros personajes *conteurs* cervantinos sugerentemente estudiados por M. Moner, *Cervantès conteur. Écrits et paroles*, Madrid, Casa de Velázquez, 1989.

género. Con cierta sorna, exponen a Don Quijote algunas objeciones a estos libros, pues no comprenden cómo se puede ir por el mundo sin dineros (*DQ*, I, 3, 50), cómo se puede defender una belleza que jamás se ha visto (*DQ*, I, 4, 61), o cómo los caballeros se encomiendan a sus damas antes que a Dios (*DQ*, I, 13, 129). Estas observaciones, que para Don Quijote revelan la ignorancia que sus interlocutores tienen del género, pues se explican perfectamente dentro de su lógica caballeresca, están demostrando en último término la incoherencia que supone revivir en la sociedad del momento los viejos ideales de unas ficciones ya caducas.

Por las coordenadas temporales en las que se inscribe el relato, estos complejos entes de ficción que pueblan el texto cervantino representan *a priori* el público coetáneo de su autor, ese público que empieza a cambiar sus gustos literarios y a demandar nuevas formas narrativas que suplanten a los viejos libros de caballerías.²⁵ Pese a sus nuevos horizontes de expectativas, este público posee la competencia literaria específica como para comprender sus pretensiones paródicas. Esta misma competencia literaria es la que sirve a Cervantes para desarrollar su historia, para que sus personajes lectores puedan comprobar la chifladura del manchego y, en último lugar, para trazar este completo panorama de lo que hasta entonces pudo ser la recepción del género caballeresco. En su galería de personajes lectores prolifera un tipo de lector con capacidad creadora, cualidad que incluso el más rudo y necio ostenta, como ocurre con Palomeque, que sería capaz, según Dorotea, de «hacer la segunda parte de *Don Quijote*» (*DQ*, I, 32, 350). El hecho no es totalmente gratuito porque, entre burlas y veras, quizás haya un poco en todos ellos del Cervantes lector y ¿autor? de libros de caballerías.

25. H. Sieber, «The Romance of Chivalry in Spain. From Rodríguez de Montalvo to Cervantes», en *Romance Generic Transformation from Chrétien de Troyes to Cervantes*, Hanover/Londres, Published for Dartmouth College by University Press of New England, 1985, 213 ss., explica el declinar del género por el cambio del público, cada vez más urbano, y de las tácticas militares. Para la caracterización de este nuevo público, véase N. Chevalier, *op. cit.*; D.W. Cruickshank, «Literature and the Book Trade in Golden-Age Spain», *MLR*, 73 (1978), 799-824; K. Whinnom, «The Problem of the *best-seller* in Spanish Golden-Age Literature», *BHS*, 57 (1980), 189-198.